

obligaba a ceder importantes proporciones de las tierras cultivadas al barbecho. No obstante, la introducción de algunas plantas forrajeras, que aprovechan sin perjudicar los períodos de descanso del suelo y, sobre todo, la explotación de los recursos hídricos subterráneos han permitido mejorar los rendimientos agrícolas y las condiciones de vida de los agricultores.

La provincia cuenta con unos recursos susceptibles de ser aprovechados en condiciones económicas favorables cifrados en unos 10.900 Hm³/año. Ahora bien, llegar a extraer esos caudales supondría una ruptura definitiva del equilibrio entre alimentación y descarga de los acuíferos difícilmente subsanable. De hecho, en la actualidad, debido a la fuerte explotación y a la concentración espacial que soportan algunos sectores de estos depósitos hipogeos, se asiste a un descenso continuo de los niveles piezométricos que, no sólo agotan las reservas e hipotecan el futuro de esos regadíos sino que, además, gravan el coste del agua por el incremento constante de la energía empleada en su extracción a una profundidad creciente. Son los Llanos de Albacete, la zona de La Herrera y el Valle de Caudete los puntos más afectados por la pérdida de caudales subterráneos, cuyos niveles descienden más de un metro cada año.

Aunque se riegan algunos cultivos de invierno, la mayor rentabilidad de ese espacio agrícola viene dada por los que desarrollan su ciclo vegetativo a lo largo del verano (como el maíz), que obligan al agricultor a ajustar en el tiempo su período de crecimiento para obtener el máximo beneficio con el mínimo riesgo. Resulta por ello imprescindible conocer aquellos meteoros que pueden resultar nocivos y trazar su calendario.

Paliada así la influencia adversa de la escasez de agua, el otro elemento físico determinante, las temperaturas, sigue constituyendo el principal freno, si no a la extensión del regadío, sí a la diversificación de los cultivos, que hace difícil la sustitución de algunas plantas cuando, por circunstancias del mercado, dejan de ser rentables.

De acuerdo con todo lo expuesto, se hace necesario ajustar al máximo los distintos cultivos y su ciclo vegetativo a las condiciones geoambientales de cada comarca o municipio (y aun paraje), de manera que ello se traduzca en un ahorro de esfuerzos e inversión y, en consecuencia, en un incremento de la rentabilidad. Los análisis llevados a cabo con el método de Blaney-Criddle y su comparación con la práctica de riego común prueban el exceso generalizado de aporte hídrico a las plantas, por la inexistencia de indicaciones precisas para los agricultores o por su escasa difusión. A la vez se comprueba cómo son las transformaciones recientes, implantadas sobre la planicie sedimentaria de Albacete, las que presentan un mayor nivel de equipamiento técnico, que les permite economizar agua precisamente en el área donde más cara resulta; mientras que las comarcas serranas, donde se regulan las aguas de la cabecera del Segura, sigue predominando el riego por inundación. En este sentido, la obligada economía del agua exige que se incremente la superficie bonificada por sistemas de riegos localizados, que en 1980 sólo abastecían al 34,7% del área regada provincial, mientras que el 65,3% restante seguía regado por inundación.